

El nombre de Dios en lengua vasca

Por el Dr. JUSTO GARATE

(CONTINUACION)

En todos los idiomas *bantú*, dice a modo de ilustración específica, existe toda una clase de palabras dedicadas a los abstractos (13).

Los pueblos primitivos son probablemente más precisos que los pueblos civilizados. Así, donde un blanco podría decir que oye ladrar a un perro, un indio dakota se inclinaria a decir que oye a un perro marrón, que se encuentra a unos doscientos metros de distancia y corre en dirección noreste, ladrando fuertemente. El hombre blanco, sin duda, consideraría al indio como fastidioso.

Extracté esto no sé si de Nicolai o de Berger Evans.

Seguiré a Victor Frankl cuando habla de confundir el campo de expresión de una persona con el campo de representación de una cosa. Es la fuente de errores de Wälder con la condicionalidad de las creaciones espirituales.

Alguien creía que las cigüeñas no existían, porque era fábula su intervención en el origen de los niños; por ello se asombraba a la vista de una cigüeña.

Huizinga, en *Homo ludens* (p. 46), recuerda una vez más "el hecho conocido de que los lenguajes primitivos poseen en ocasiones palabras para designar las diversas especies de un género, sin que posean ninguna para éste. Así, por ej., poseen un nombre para la trucha y otro para la anguila, pero ninguno para el pez".

Lo mismo dice para juego en general en varios idiomas. Los vascos empleamos *kirola* recogido por Berceo, *jolasa*, de solaz o esparcimiento sin duda, y *jokua*, del latino *jocum*.

"En último caso, vemos solamente lo que estamos dispuestos a ver y lo que nos han enseñado a ver. Eliminamos e ignoramos todo lo que sea aparte de nuestros prejuicios", escribía el gran médico francés Dr. Charcot. Lo que me sorprende cada vez más

es cómo con tan escasos conocimientos sobre la materia se pusieran a pontificar Vinson, Unamuno y sus más o menos humildes seguidores.

Condillac, en 1746, escribía ya "que los términos más abstractos derivan de los primitivos nombres que se dieron a los objetos sensibles", según leemos en su *ESSAI SUR L'ORIGINE DES CONNOISSANCES HUMAINES*. ¡Cuán superior nos aparece a estos catedráticos de la Sorbona y Salamanca!

B. Cómo era Unamuno

"Toda grandeza es inconsciente o, de lo contrario, es pequeña y sin valor", escribe Carlyle. Pero dudo de que tenga razón, pues Unamuno tenía un concepto fenomenal de sí mismo y una de las características del genio parece ser la autoconciencia.

Una buena síntesis es la del honrado escritor catalán Ruiz Contreras: "Unamuno tenía talento, pero no siempre tenía razón." Como político era intemporal y constituía un desastre.

Seguía el gran consejo de Pico de la Mirandola de las lecturas alternas. Sus rarezas y caprichos merecieron lo que escribía Bertrand Russell (227): "El buen éxito de la locura en la literatura política y filosofía es una de las peculiaridades de nuestra época."

Supongo que por sí o por alguna crítica aguda, Unamuno se desvió del terreno científico al literario que era el suyo, genuino y muy hondo. Pero es posible también que hiciera virtud de la necesidad. Dice muy bien Goethe que nuestros gustos primeros son indicio certero de nuestra vocación.

Por eso me parece muy discutible que se citen argumentos filológicos de un hombre tan apasionado como Unamuno, a quien su furia interna traiciona a menudo.

Cuando siguió obsecuente a Vinson, estaría Unamuno en la época en que defendía que Gibraltar debiera pertenecer a Gran Bretaña, y escribía un elogio acendrado de Sabino Arana, pues el sofista bilbaíno ha pasado por todos los colores del espectro.

No es una manera científica de abordaje de un idioma esa manera de criticarlo. Véase por ejemplo cómo estudia el Araucano el Padre Mersbach, y hace su elogio y deplora la interrupción que las guerras continuas hicieron de su marcha y evolución hacia lo abstracto.

La infalibilidad científica y gramatical de Unamuno está todavía por ser demostrada, gracias a Dios.

Así cuando dice que no se puede pronunciar N antes de B o de P. Tenemos por ejemplo a Trendelenburg, Canberra, Hardenberg, Guttenberg, Swedenborg. ¿Pero es que Unamuno se cegó tanto en su pasión que no recordaba esos nombres extranjeros de diaria lectura en alemán y en inglés?

No era justo ni verdadero en las polémicas, sino caprichoso y sofista. Únicamente su gran erudición (7) asustaba a las gentes para intervenir contra él. Y quienes lo hacían, servían para subirle aún más por contraste, dado el dogmatismo inculto de sus contrincantes, a menudo.

Llamaba semimuerto al vascuence y vivía de enseñar el Griego, no sé con qué eficacia, pues los helenistas en España brillan por su ausencia en los rendimientos. Este idioma era mucho más muerto que alguno que él mataba.

Lope de Vega relata que un profesor de griego de la Universidad de Alcalá era oriundo de Gulpúzcoa. Cierta vez vió entrar en clase a unos personajes de la Corte (8) y fingiendo hablaba en lengua griega, comenzó a disertar en vascuence, pero un paisano suyo vasco, descubrió la superchería. Así lo vemos en Ballesteros Beretta, Historia de España, tomo IV, parte segunda y pág. 296.

Habría que observar a Unamuno que "el error provechoso es dañino, pues el provecho sólo puede ser momentáneo y prepara otros engaños que siempre son nocivos". Así lo dice muy acertadamente Karl Jaspere en LA RAZON (p. 57).

Me gusta Goethe muchísimo más que Unamuno y del mismo encuentro algo en las XENIAS que es aplicable a mi gran paisano: "Que perro viejo soy, y ya he tenido que renegar de mucho dogma y credo". (I, 689).

A D. Miguel, su gran apasionamiento le llevaba a menudo a recaer en ser engañado (être dupe), lo que a menudo evitan los escritores franceses, finalidad que a menudo le exasperaba.

Eso no quita para que fuera activísimo y genial como escritor y como conversador, al estilo del Dr. Sam Johnson (9) y más en mi opinión que Bernard Shaw, cuyos diálogos me suenan a pacotilla o chafalonía. Como escritor de cartas y aún de artículos, es insuperable. Como poeta, sus poesías son una revelación, pues he visto bonísimas publicadas por su infa'igable coleccionador Profesor Manuel García Blanco.

(7) El censuraba esa dote en los demás.

(8) Abundaban en la corte los secretarios vascos.

(9) Léase a Lowie, Historia de la Etnología, pág. 327.

Unamuno posee para mí una estética de la falsificación, análoga a lo que Vico señalaba con la frase: "Verità d'idee, false labor in fatti", que recoge Imbelloni (89).

Observa Nordenskiöld (395) que "con alguna frecuencia los genios altamente desarrollados para lo formal, muestran cierta inclinación a la sofistería".

Era un hombre honrado en la adquisición de su dinero y en su manejo, y en otras cosas, como muy bien describe el P. Hernán Benítez. Pero si le convenía, decía que nunca había estado en Navarra, como cierta vez al Dr. Irigaray y a mí en Hendaya, cuando lo contrario se lee en sus *POR TIERRAS DE PORTUGAL Y ESPAÑA* (pág. 148 de Austral), obra por lo demás de gran interés y belleza.

Sus filologismos son juzgados como divertimientos pueriles por escritores vascos como Luis Michelena y José María Iribarren, ambos muy agudos y muy competentes.

Unamuno creía haber inventado la palabra *MATRIA*, en lugar o completando a *patria*; pero según Paul Lafargue (27) Plutarco escribe que la usaban ya los cretenses.

Olvida Unamuno que el euskera es la lengua de sus padres y la de todos sus progenitores. Merecía pues ese idioma un trato mucho más sensato y respetuoso y no el que escribiera tan suelto de cuerpo y con tanta falacia.

Juan Antonio Moguel e Iztueta se dieron cuenta muchísimo mejor que Unamuno, que el castillo vasco se perdería si se dejaba abierta la poterna del euskera sin defensa alguna. Eso sería la muerte por el espíritu, el pecado contra el Espíritu Santo que tan trivialmente aplica D. Miguel a cualquier zoncera.

C. Unamuno y la falta de abstracciones en euskera

Margaret Galway, en *The Times* del 3 de Octubre de 1943, escribía que "los vascos cuidaban tan poco del pensamiento abstracto que su lenguaje presenta una notable deficiencia de términos abstractos" y para ello cita "The Basques" de Ormond (43 y 51) y el artículo *BASQUE PROVINCES* de la *British Encyclopedia*.

"Mucho denigrar la frivolidad francesa y poner por los suelos al utilísimo Larousse, fuente casi única de información de algunos de nuestros conspicuos", escribe el mismo Unamuno en *EN-*

SAYOS, I, 136. Pero ahora demostraremos que nadie escribió más tonterías que él con esa misma información.

Miguel de Unamuno pronunció un discurso en el Parlamento republicano español el 18 de Septiembre de 1931: el mismo ha aparecido en el tomo I del libro intitulado DE ESTO Y DE AQUELLO.

Hay un tremendo error en el mismo discurso (p. 570) al pretender hacer creer a los oyentes que el castellano era perseguido en las escuelas oficiales de Vasconia, que eran del Estado Central, por medio del anillo, cuando sucedía todo lo contrario.

De todas maneras, no era un prodigio de erudición vascológica, ni de honradez polémica. Eso de ayudar a los fuertes y combatir a los débiles, no es de personas que se complacen en ser altivas con los poderosos y correctas con los sumisos. Lafontaine le hubiera pintado, en sus fábulas, como tenaz partidario del "sostenella y no enmendalla".

Unamuno, ignorante de la Etnología, para la que tenía sus anteoíeras, no apunta que hay tres mecanismos psicosociales del hombre que permiten estudiar coincidencias y divergencias en sus juicios y vocablos. Son: 1. Convergencia o paralelismo psicológico o invención o captación.

2. Difusión o imitación o dependencia cultural o culturación o transmisión o transplante.

Y 3. Monogenismo.

"No queda rastro *alguna* de civilización *alguna* indígena, que no ha debido de haber" (395), "su religión, su arte, su ciencia, sus industrias, todo es recibido de los pueblos que lo rodean". Esto no es cierto ni referido a los actuales, pero es mucho más falso referido a los que la prehistoria y la etnología muestran como poseídos de antiguo.

"El vascuence si recibe voces latinas o neolatinas, degenera en jerga" (396). Es Unamuno el único que aplica ese calificativo al euskera. Aparece pues como un hijo masoquista con unas reacciones brutales de primitivo e injustificadas, pues sólo él las ha sentido.

"El pueblo vasco era un pueblo que antes de recibir la cultura latina, no se elevaba al grado de abstracción que exigen los conceptos genéricos". (394). Es una atrocidad de Unamuno aquello de que "el vascuence no tiene palabras genéricas". (DE ESTO Y AQUELLO, páginas 568.)

Había lectores que seguían esos conceptos de Unamuno. Ved la curiosa cosa que entonces acaeció.

Salmerón declaró a los vascos inadaptables a la civilización moderna, y Unamuno protestó contra ese aserto. El lenguaje filosófico de Salmerón es bien pobre y Menéndez Pelayo lo ridiculiza muy bien. Pobres, aunque buenos, son también la gran mayoría de los almerienses de los que he visto y tratado en la Argentina, centenares.

Carner nos creía ineptos para la visión estética del mundo. Unamuno gritó contra él (DE ESTO Y AQUELLO, pág. 447). Y luego advino la generación de destacados pintores y músicos vascos.

Louis Lande afirmó el siglo pasado en la *Revue des Deux-Mondes* que los navarros tenían falta de disposición artística y que no habían dado ni un poeta, ni un pintor ni un músico. Campión, que lo cuenta en *EL GENIO DE NAVARRA*, cita dolido a Eslava, Arrieta, Gaztambide, Sarasate, Gayarre, Zabalza, Iñiguez, etcétera (41).

Salvador Madariaga parece ser el epígono actual de esa corriente: ignoro su motivación afectiva.

D. Sin palabras para alma

Escribe Vinson: "Ils n'ont aucune expression pour âme". Y Waldo Frank traduce sin citarlo (p. 220): "En el vascuence no hay palabra para expresar la idea del espíritu".

Desconociendo la eficacia literaria de la tensión interna de lenguas y psicologías distintas, muy bien explicada por Eliot, se arrogó Unamuno un papel desagradable de necróforo del eusquera, como escribí en 1949 en mi *CULTURA BIOLOGICA* (p. 250).

En la página 560 escribe lo siguiente: "Porque el vascuence no tiene palabras genéricas ni abstractas y todos los nombres espirituales son de origen latino, ya que los latinos fueron los que nos civilizaron y nos cristianaron también". (DE ESTO Y AQUELLO, T. I.).

Un señor diputado de la minoría vasco-navarra interrumpió preguntando: "Y GOGUA, ¿es latino?"

"Tan es latino, que cuando han querido introducir (a) la palabra *espíritu*, que se dice *IZPIRITUE* (b), han introducido ese GOGO, una palabra que significa como en alemán *Stimmung*, o como en cas-

tellano *talante*, estado de ánimo y al mismo tiempo, igual que en catalán *talent*, apetito. *Eztaukat GOGORIK* es "no tengo ganas de comer, no tengo apetito".

A toda aquella gente que había aprendido a santiguarse diciendo: "Aitiaren eta semiaren eta *izpituaren* (c) *izenian*" se le hacía decir: "Aitiaren eta semiaren eta GOGO dontsuaren *izenian*", que es: "En el nombre del Padre, del Hijo y del santo apetito". (Risas.)

Al analizar estos párrafos, uno queda sorprendido del espíritu histriónico de Unamuno, de la ligereza de sus afirmaciones y de su ignorancia del tema.

La llamada (a) la hago porque no querían *introducir* los modernos aranistas y parecidos, la palabra *espíritu*, sino todo lo contrario, o sea eliminarla. Este error es debido a la fiereza de la pasión de D. Miguel, quien pensaba en *traducir* sin duda, y no en *introducir*: un Versprechen freudiano, que le traiciona.

Y, o bien con notoria malignidad y pertinaz consecuencia, ocultaba que Bernard Dechepare en 1545 imprimió en su obra LINGUA VASCONUM PRIMITIAE, que es el primer texto impreso en vasco y que en el mismo leemos:

"Iangoycoa edetazu amoria GOGOTIC",

que significa en castellano corriente lo que sigue:

"Señor, quitame el amor del pensamiento", o sea algo muy distinto del apetito trivial y concreto.

Y aquí hay un dilema ineludible. O bien D. Miguel no conocía el texto, en cuyo caso le convenía ser más modesto y cauto. O bien lo ocultaba, lo que sería muy poco edificante.

Prescindamos de su macana de afirmar —sin probarlo— que *gogo* es latino.

De *alo*, *alui*, *alium*, nutrir viene el adjetivo *almus* y de ahí *alma* y *alimum*, lo que nutre y alimenta. Así *alma mater* no es maternal sino madre nutricia. Luego el origen del latín *alma*, no es abstracto tampoco.

Karl Bouda en este BOLETIN (1954, p. 36) recuerda que *animus* en latín es alma y espíritu, así como *anima* es viento y hálito y *alma* (vocablos que traduzco de su alemán) y que en griego *anemos* es viento. Si hiciéramos paradojas infantiles, como algunas de Unamuno, diríamos que *anemómetro* es el aparato que mide la velocidad de las almas en la cultísima vieja lengua

GRIEGA (10) a la que reputa de viva, estando muerta, al contrario de la vasca a la que llama muerta cuando aún vive.

Si *arimia* es de origen latino, ¿es que el euskera es la única lengua europea que no tiene derecho a tomar vocablos del latín?

Es curiosa una etimología vasca de *arimia* (o el alma) según la cual, designaría *ari* (hilo) y *mía* (delgado). Lo leí en LA VASCONIA (IX, p. 321) y aunque no creo en ella, lo mismo me sucede con otras pomposas de las lenguas cultas.

No estaría mal eso para pueblos que no creían en la inmortalidad del alma. Podría dicho vocablo significar mucho mejor la vida que cortaba la Parca Atropos en el hilo de la vida.

La llamada (b) la hago porque la voz *espíritu* no tiene un origen abstracto como quería D. Miguel, sino que tiene relación con la espiración o respiración o sopro. La palabra GAS viene del flamenco y es pariente del *Geist* alemán y del *ghost* inglés y fué introducida en la ciencia por van Helmont.

Aldoux Huxley en LOS DEMONIOS DE LOUDUN, p. 426, escribe así:

“Surin tuvo siempre conciencia de que había una relación real y no solamente etimológica entre (los vocablos) *respiración* y *espíritu*. Enumera él cuatro clases de respiración: el sopro del demonio, el de la naturaleza, el de la gracia y el de la gloria, y nos asegura que experimentó cada una de ellas”.

Para Corominas, en su magnífico DICCIONARIO ETIMOLÓGICO DEL CASTELLANO (escrito en gran parte en esta ciudad de Mendoza), *espíritu* viene del latín *spirare*, que denota soplar.

Se contradice al escribir D. Miguel de cómo el latino *spiritus* significó primitivamente sopro y de que “se le ha ocurrido a alguno... estirar un poco el sentido de *gogo* a fin de que se le haga decir *espíritu*” (pág. 392). Y llama a esto “pecar contra el Espíritu San'ó, pecado que no admiten remisión”.

Después de todo, el espíritu está ligado a la palabra humana y ésta al alma y por algo los Jíbaros (11) en las cabezas diminutas que para su uso doméstico preparan, cosen los labios frente a frente para impedir que el espíritu del difunto atormente al amerindo que lo ha matado, según cuenta A. Hyatt Verrill en COUTUMES ET CROYANCES ETRANGES, pág. 128.

También podría servir ello para impedir que salga la mosca

(10) No el heleno moderno o romaico.

(11) En quechua nuestro espíritu se dice **mama** (Imbelloni, pág. 198).

o abeja, forma en la que muchos pueblos creían que el alma abandonaba al cuerpo, por lo que se dió nombre a Belcebú y se ponían manjares en la colmena doméstica, a fin de que aceptaran a la nueva abeja que esos días iba a ingresar en el enjambre.

En el Parlamento español volvió a incidir en tales cuestiones, recalcando el origen vulgar de palabras vascas abstractas o teológicas, lo que era tanto menos perdonable en él, porque sabía que el Espíritu Santo, se llamaba en su griego *Pneuma*, igual que aire. *Spiritu* es soplo en latín y según Pijoán (II, 470) *anemos* o viento, era alma en griego.

Ortega y Gasset escribía en el "Espectador" (II, 51) lo que sigue: "No en vano ha sido el viento siempre para la imaginación humana, símbolo de la divinidad, del puro espíritu".

De la misma manera, Logos en griego era tanto palabra como razón, según nos recuerda Couturat.

La llamada (c) también hace referencia a la ligereza de Don Miguel, que se come o elude el adjetivo *santua* con relación a espíritu, pues lo otro sí que fuera herejía por posible confusión con el *espíritu malo* o *evil fiend* de los ingleses.

De más errores del mismo sobre abstracciones en distintos terrenos trataré en otro lugar.

Sin embargo, me complace reconocer aquí la honradez de Ortega, en quien no encontramos la sofistería de Unamuno, ni la atrabilis de Baroja. Porque el escribir hermosos artículos y perfectos ensayos no da patente para adoptar posiciones destructoras y nada científicas respecto al euskera. Si se muere, ¡qué le hemos de hacer!, pero de eso a la eutanasia con la familia, media un abismo.

Vienen muy al caso unas frases publicadas por Pérez de Ayala en LA PRENSA de Buenos Aires, que paso a transcribir: "Los latinos de la época de Tibulo habían llegado a comprender y a fijar una distinción esencial entre dos palabras cuyo contenido o acepción respectiva había andado en un principio bastante confusa e indistinta, ya que ambas palabras tenían un origen común. A saber: "ánima" y "ánimus", ánima y ánimo. "Anima" (del griego "anemos", soplo, viento) significó en latín primeramente el aire. Y así, Virgilio habla del ánimo de los fuelles de Vulcano; y Horacio, de ánimo, o viento, del norte, que infla la lona de las velas marinas. Por extensión, se le dió a esa palabra el sentido de principio vital. "Animalia", para los latinos, eran todos los seres que poseen cuerpo animado; así los animales, como el hombre.

El principio animador consistía en la facultad de respirar aire; y del hecho de poseer un cuerpo animado se derivaba la necesidad de experimentar sensaciones.

Pero el hombre sería uno de tantos otros animales si no estuviese agraciado con otro principio, superior todavía al principio vital; o sea, si además del *ánima*, no tuviera el *ánimo*. "Animus" es, para los latinos, el principio espiritual en el hombre, en oposición a "corpus", el cuerpo material, y a "anima", o principio de la vida física (la vida es un soplo). En resolución, lo que los latinos llaman "animus" es lo que nosotros llamamos alma y espíritu".

E. Fit fabricando faber

Uno no acaba de entender en buena ley lo que esta gente quería en su propio sentido filológico.

Quien conozca por una parte las dificultades que la creación literaria del castellano proporcionó a los escritores del siglo XV y lo que de su pobreza y dificultades escribieron, como lo hicieron también los franceses de la Pléiade y Brantôme y quienes les precedieron y los alemanes antes del Heimbund y del Sturm und Drang, no se puede asombrar de las dificultades que hallaron los escritores vascos de los siglos XIX y XX.

Ellas les llevaron a veces a notorios errores que combatimos personalmente; por ejemplo, cuando en nombre de la fonética llegaron a escribir (es decir, a la grafía) bitxabalak, siendo así que la pronunciación, prosodia o fonética, había conservado quizá más de veinte siglos la pronunciación vulgar de dicha palabra y la grafía de los caseríos como Bide-zabalak y la de los apellidos, habiendo hasta un almirante guipuzcoano de apellido Bidezabal, de quien trata Labayru.

Las dificultades del euskera eran perfectamente superables y se superaban, como se ha hecho en idiomas como el húngaro y el japonés, tan distintas de las lenguas de la Europa occidental.

Lo que pasa es que vascos inteligentes se preguntaban si valía la pena de hacer ese esfuerzo, cuando el número de lectores de obras euskerianas no excedía (por la diferencia de los dialectos y el deseo de hacerlos literarios a tres o cuatro de ellos) de docientas cincuenta personas.

Cuenta Emerson (English Traits, p. 575) que el poeta danés Oehlenschläger se quejaba de que quien escribía en su idioma, lo hacía solo para 200 lectores.

Su capacidad de escritura la llevaron los vascos a las lenguas colindantes, el castellano y el francés.

De otra forma, él presenta esa incapacidad como esencial y repercutía natural y obligadamente sobre los antepasados y, por ende, los cromosomas de los mismos vascos censurantes. Hay algunos que creen que lo característico vasco debe referirse sobre todo a pruebas como la de levantar grandes piedras o arrastrar otras aún mayores.

La esquizofrenia viene a ser la pasivación vivida de las funciones psíquicas según Viktor Frankl en la página 265 de su preciosa obra PSICOANÁLISIS Y EXISTENCIALISMO. En lugar de *él observa* nos dice que *él es observado* y en vez de *se despierta* dice que *le despierten*.

De conocer este texto, Vinson y Unamuno no hubieran vacilado en aceptar la hipótesis pasiva del verbo vasco y en declarar esquizofrénica a toda la lengua vasca. Esa sería la reducción al absurdo.

Don Miguel habla de ese volapük incomprensible que se está haciendo ahora —es decir desde 1880— y en ello tiene razón, sobre todo, referido a demasías personales en la creación del dialecto experimental aberriano, como lo he bautizado yo. Pero no la tiene en la línea de su discurso, ya que ignora textos anteriores que debiera conocer un vasco tan soberbia y tan intelectual como él.

Léanse por ejemplo las palabras de Juan Antonio Moguel: "Me ha parecido ser el mejor método para que se cultive nuestro idioma y si otros prosiguen en ello, no se nos podrá acusar de la pobreza de voces, y sí solo de nuestra desidia".

En otra parte elogí a este escritor, nacido en Eibar. No conocía entonces el juicio que sobre el mismo había firmado D. Miguel, que paso a transcribir ahora: "Libre de tales excesos se mantuvo el prudente y sensato don Antonio Moguel, cura párroco de Marquina y principal guía de Humboldt, en sus estudios sobre el vascuence".

Subrayo lo de *prudente* y *sensato*, que no son precisamente las cualidades principales de Unamuno. Y corrijo tanto el nombre que era Juan Antonio como la atribución de *guía principal*. Porque después de que hemos publicado Aranzadi y yo cuanto había escrito Humboldt sobre el euskera, vemos paladinamente que el guía principal de Humboldt fué Astarloa, de cuyo PLAN DE LENGUAS se llevó un extracto a Berlín que ha sido luego publicado en la RIEV.

(Continuará)

Las notas anteriores constituyen un cañamazo sobre el que podrá bordar el buen historiador la más completa historia de un Convento de vida notable. Por carecer de documentos esenciales en su comprensión, hemos preferido presentar ordenadamente las notas halladas, que solas ellas revelan suficientemente la prestancia de un Convento que fue la simiente de las instituciones monacales apostólicas de la región vizcaína.

Un último estudio, sobre el interesantísimo período del siglo XIX, de liberalismo religioso en nuestro País, finalizará nuestra sintética visión de San Francisco de Bermeo, como homenaje del sexto centenario de su fundación (1357-1957).